

Toda la correspondencia al redactor-jefe

Juan B. Villaescusa

Plaza Mayor, 16

amanecer

SUSCRIPCIONES

Año	2'50
Semestre	1'49
Trimestre	0'75

Número suelto 15 céntimos

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

Algo sobre la soberanía popular

En otra ocasión expuse algunas ideas sobre la soberanía popular. Entonces me referí a los no iniciados en cuestiones políticas y a los mismos principalmente dirijo estas líneas.

Hay núcleos de población en España y el de Tarancón en gran parte es uno de ellos que no han conseguido salir todavía del analfabetismo político en que los tenía sumidos la Monarquía para bien de ella y mal de la Patria. Por eso en Tarancón se impone la obra urgente, urgentísima—me atrevería a decir que es el principal problema que hoy se plantea—de la educación política de nuestro pueblo, de la formación de su conciencia ciudadana, de que todo él se impregne de un ambiente de civilidad. La obra ha sido ya iniciada y hay que continuarla y extenderla desde el periódico, en la charla con los amigos y por todos los medios lícitos que se pueda. Hay que hacer todo lo posible para que Tarancón despierte del letargo monárquico que ha venido sufriendo hasta ahora, todo lo posible para convertir la masa de individuos en masa de ciudadanos; de ciudadanos libres que piensen y opinen por que deben tener elementos de juicio para opinar, que obren libremente porque deben ser consecuentes con sus ideas y que emitan el sufragio en íntima coincidencia sus convicciones con la idea que representa el nombre que llevan en sus papeletas. Todos debemos contribuir a esta obra que yo llamo de construcción ciudadana; a ello van encamina-

das estas líneas y a ello consagraré mi esfuerzo en la medida que pueda.

Es preciso que todos sientan íntimamente, que todos se convenzan, que en una Nación el único soberano es el pueblo y que el pueblo en uso de su soberanía es el único que tiene derecho a nombrar sus representantes y a delegar en ellos el poder. Pero la Monarquía, desde el primer rey absoluto, hasta el último, no solo no se preocupó jamás de instruir a los españoles en los problemas del Estado, sino que hizo todo lo posible por impedirlo. Se cuidó por el contrario muy bien de educar sentimentalmente al pue-

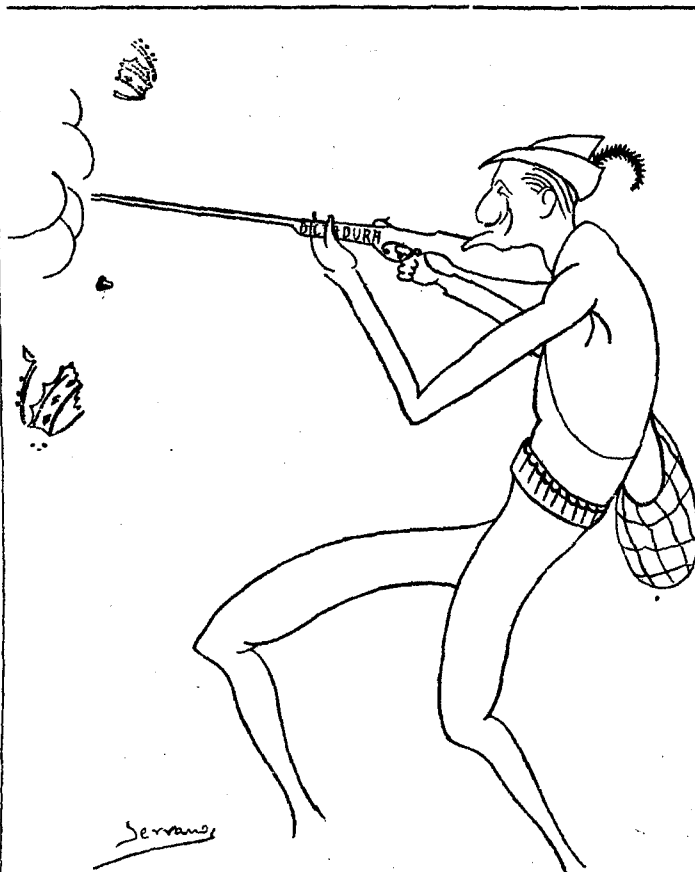
blo, de adormilarlo con el opio del caciquismo y de, en una palabra, barbarizarlo políticamente.

El rey... de las libras pretende dar cima a esta obra destructora de España que comienza Carlos I. El primero de los Austrias deshace la tradición democrática de España; deshace una democracia productora de unas Cortes, en la Edad Media que imponían su voluntad a los reyes y que producía obras políticas como la Constitución aragonesa que era el asombro de los pueblos civilizados de aquella época. Carlos I vence a los representantes de esta tradición democrática en Vi-

llalar y perjuro como el último de los Borbones, marca la ruta que han de seguir los reyes de su dinastía. La Inquisición, la fuerza y el sacrificio de miles de españoles en inútiles guerras son los medios de que se valdrán para construir un Estado sin base.

En el siglo XVIII se entronizan otra dinastía en España. Su primer representante Felipe V. inaugura su reinado, como el primero de los Austrias, con un acto de salvaje despotismo: arrancando los fueros de Cataluña. El y sus sucesores continuarán la labor disolvente de los reyes Austriacos; la obra de empobrecimiento económico y espiritual de España; y su dinastía, se hará igualmente execrable que la de los Austrias.

El siglo XIX podía haber sido el siglo de la redención para España. Pero en esta época, cuando todos los pueblos hablan y reivindican derechos, en España a causa de la obra destructora de sus reyes, el pueblo calla, está ausente, no tiene conciencia de su soberanía y el Estado verdadero no se logra. Si hay un momento, en el 1876, en que el Estado parece constituirse definitivamente, tampoco se logra, por que el sufragio no era más que ficción y conveniencias, como no era más que ficción el Parlamento, y el Estado queda así: ficticiamente construido, sin base, sin una Constitución interna. Por eso hacía falta una Revolución: (que no quiere decir destrucción, desorden y caos; sino orden y construcción) no una Revolución en que mataran las balas y las espadas, sino de las del tipo de la que se hizo, el día 12 y que todavía hay que terminar. Había que apartar todos los obstáculos que



De tirador gran fama le alcanzaba. Por mil y mil noticias que leímos respecto a cacerías, ya supimos el número de piezas que cobraba.

Nunca, jamás, el ojo le fallaba; pero luego, más tarde, descubrimos que tuvo mejor tino, según vimos, si de atrapar negocios se trataba.

Absoluto poder, en pian iluso, recabar quiso para su persona. Su insensatez la dictadura impuso.

Y aquí si le falló la pantería, pues dió el tiro de gracia a la corona terminando con él la monarquía.

F. MANZANARES CAPELLA